







Es bien sabido por toda hada, duende o criatura eterna de naturaleza embaucadora que la mejor forma para conservar la inmortalidad es pactar con un humano dispuesto a ofrecer a su primogénito como pago.

Si con el paso de los siglos resulta más difícil hallar a alguien lo bastante incauto para aceptar semejante condición, lo es incluso más que recurra a los entresijos del universo para invocar ayuda. Los duendes, obstinados por naturaleza, jamás se muestran si no son llamados. Por muy desesperadas que sean las súplicas, solo acuden si se les presta la atención adecuada; y cada criatura en sí misma responde a unos caprichos diferentes.

Por poner un ejemplo, a nuestro protagonista le gusta que quemen cebollas. Seis para ser exactos. Una detrás de otra comenzando por la de menor tamaño.

Preguntarle por qué cebollas y no otra hortaliza de poco serviría. Su contestación se basaría en una historia absurda, llena de mentiras, para mitigar la vergüenza de su escasa efectividad. Precisamente, la rareza de su elección es el motivo por el que llevan tanto tiempo sin llamarlo. Sería mucho más fácil ser invocado por error al colocar una vela frente a un espejo, o dando tres vueltas a la pata coja alrededor de la corteza de un árbol podrido. Nadie en su sano juicio arroja a la hoguera un puñado de cebollas.

Eso le molesta, le molesta mucho. La estúpida manía que tienen los humanos de comer cebollas en lugar de calcinarlas ha hecho que su reputación, que ya de por sí nunca fue buena, haya caído en picado.

Como no tiene otra manera de hacérselo saber al mundo, nuestro protagonista patea el suelo con fuerza, descargando su evidente frustración.

Ni su aspecto ni sus pies tienen que ver con las historias que se cuentan sobre estos seres. Lejos de calzar unos botines picudos con los que a menudo se representa a los duendes, él lleva unos color musgo terminados en un generoso tacón. No porque su estatura sea baja, sino porque le gusta ser todavía más alto. Los duendes son vanidosos, impredecibles y a este, además, se le acaba el tiempo. Pisotear la hojarasca y asustar a las alimañas del bosque no va a solucionar su problema, pero lo sigue haciendo.

—Necesito un pacto —masculla para sí—. Y un lugar donde acomodarme. Un castillo... o un palacio. Eso estaría bien. Podría convertirme en príncipe. ¡Y más tarde en rey!

Por desgracia, sabe que esa fantasía tiene las mismas probabilidades de cumplirse que conservar para siempre la juventud. Poco puede hacer a menos que alguien lo invoque, cosa que no ha ocurrido en décadas y, aunque la magia que hay en él ha evitado que el tiempo haga mella en su apariencia, sabe que eso cambiará cuando su reloj empiece a quedarse sin arena.

Si no le pone remedio, pronto comenzarán a salirle canas.

Debe obtener el primogénito antes de que esto suceda o acabará abrazando la eternidad cuando sea un duende encorvado y retorcido de larga barba color jengibre. Se niega en rotundo a vivir para siempre con un aspecto tan ridículo. No está dispuesto a perder su elegante atractivo.

Consternado, posa la mirada en sus pies. De tanto patear el suelo, se le han embarrado los botines. Presentan las mismas estrías verdes y castañas que el tono de sus ojos, fijos en las punteras.

Olvida por un instante su amargura y se agacha para sacudirse la suciedad. Es entonces cuando su nariz, tan quebrada como las ramas que crujen a su paso, percibe un hedor inconfundible. Se tensa, mira a su espalda y comprueba que no hay nadie cerca.

Pronto descubre que el fétido aroma no proviene de ningún viento pasajero, menos aún de su persona. No, lo que el olor lleva consigo viene de mucho más lejos; el significado solo lo conoce él.

Sus ojos se afilan hasta transformarse en rendijas al localizar la procedencia; sus labios se estiran en una sonrisa feroz que podría espantar a las criaturas del bosque de no ser porque sus pisotones ya las han enviado lejos.

—Por fin me llaman. Alguien ha quemado seis cebollas.





Ese alguien se llama Brenner: el incauto perfecto, el humano idiota, el héroe encantador. En el momento en el que quema las seis cebollas, una tras otra, comenzando por la de menor tamaño, no tiene ni la más remota idea de lo que hace o qué esperar. Aun así, completa el ritual porque está desesperado, enfermo; contagiado por ese mal adolescente conocido como «amor».

Brenner tiene dieciocho años y trabaja en la propiedad de los Londonberry, una de las familias más adineradas del valle, que cada primavera se traslada a su residencia en el campo para atender las demandas de la temporada.

Se encarga del cuidado de los animales, del mantenimiento de los carruajes; vive entre paja

y estiércol, es huérfano y no tiene donde caerse muerto. Contempla ahorrar lo necesario para adquirir un pequeño terreno en el que criar cerdos. Al fin y al cabo, si es lo bastante rápido en atender a los señores ebrios que regresan de fiestas suelen premiarlo con alguna propina. Esa es su meta realizable porque su auténtico sueño es pedirle matrimonio a Iris Londonberry, la única hija del señor de esas tierras, que ella acepte, huir juntos y convertirse en los fugitivos más buscados del país.

La señorita Londonberry tiene su misma edad. La conoce desde su llegada a la finca, hará dos años. Es la única persona que cuando le habla lo hace con cariño, lo mira a los ojos y no a las formas irregulares que manchan su rostro. Razón suficiente para enamorarse de ella.

Brenner piensa muchas veces que él sería un joven apuesto y de buen ver si no fuera porque su piel tiene al mismo tiempo la tonalidad de la leche y la canela, como salpicada por aceite hirviendo. Dibuja una despigmentación que lo acompleja y sirve en bandeja las burlas

de quien lo apoda Piel de Vaca. Por lo demás, su buena planta, constitución atlética, ojos y cabello color café son equiparables al hijo envidiable de cualquier conde... si los hijos de los condes vistieran harapiientos y olieran a sudor y a boñiga, claro está.

Ese día Brenner se despierta antes de que se marche la luna. Está nervioso porque la señorita Londonberry ha acudido a un nuevo baile donde exhibirse frente a decenas de pretendientes que no tardarán en hacerle llegar sus propuestas matrimoniales. Hasta el momento Iris las ha rechazado todas. Cada vez que lo hace, el corazón de Brenner se remienda con una patética esperanza muy poco realista para un muchacho de su edad. No puede evitarlo, él es un soñador y el trabajo en la única compañía de sí mismo alimenta sus fantasías, en las que ni su aspecto ni su pobreza son un impedimento para darse un buen revolcón entre la paja de los establos. En el fondo sabe que eso no ocurrirá jamás.

Cuando con la llegada del alba atisba la mancha del carruaje oscuro en la distancia se le en-

coge el estómago anticipándose al encuentro. Miles de mariposas revolotean en su interior. Dispondrá de pocos minutos antes de perderla de vista y, aun con todo, ansía verla, saber qué tal le ha ido y si un nuevo apellido amenaza con apoderarse del que ya tiene.

Brenner deja su tarea a un lado para acercarse al sendero que alcanza la puerta principal. Espera intercambiar un saludo y una mirada antes de que el cochero lo despache. Sin embargo, a pocos segundos de que el carruaje se detenga por completo, la puerta se abre de sopetón y la propia Iris salta del interior envuelta en un aura de furiosa rebeldía.

Por un momento los rizos castaños de la muchacha quedan suspendidos en el aire. La suave luz del amanecer se refleja en su piel, pálida y lisa como la superficie de una perla envuelta en sedas. No presta atención a su ceño fruncido ni a la maldición que escapa entre sus dientes apretados, sino a la hermosa delicadeza que muestra al precipitarse desde lo alto como un ángel caído del cielo.

Sorprendido, él hace lo posible por anticiparse y ofrecerle un punto de apoyo. Gesto que la joven aprovecha para tirar de su brazo con urgencia y escapar en dirección contraria mientras los gritos de quienes esperaban su regreso se escuchan por detrás.

Las mejillas de Brenner se incendian al ser consciente del repentino contacto. Nota la calidez de la mano de Iris y el perfume a flores que todavía desprende. Su rubor aumenta cuando se percata de que van directos a los establos. Todas sus fantasías se manifiestan a la vez, sin orden ni concierto. Se encuentran demasiado cerca el uno del otro, está convencido de que será capaz de percibir su respiración acelerada y el estremecimiento causado por la emoción. El simple hecho de pensarlo le acalora y avergüenza por igual.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —balbucea.

Conoce la respuesta antes de oírla.

—No.

—¿Qué le ha ocurrido?

Iris resopla con una actitud alejada de la dama que él cree conocer.

No es hasta que llegan a las cuadras que se serena y contesta a su pregunta.

Cuando lo hace le tiembla la voz, sus ojos claros parecen a punto de desbordarse en lágrimas. Brenner se pregunta si se debe al hecho de que los bajos del vestido malva que lleva puesto se hayan teñido de barro. Los encajes que lo adornan parecen irrecuperables. Él también lloraría si hubiera estropeado una prenda tan bonita.

—No deseo casarme. No con quien mi familia ha escogido.

Al escuchar estas palabras Brenner cree morir porque lo que está viviendo es real. Iris es real, lo que acaba de confesar es real y todo es demasiado exacto a lo que su imaginación desbordante ha inventado desde el día en que la vio por primera vez.

Por un solo instante, las miradas de los jóvenes se encuentran en silencio y comparten mucho más de lo que dirían al hablar.

—¿Puedo hacer algo por usted?

La joven se muerde el labio. Parece arrepentida de haberlo arrastrado con ella, de encontrarse rodeados de paja y traseros de caballos. No la culpa por este último detalle.

Niega con la cabeza.

—Discúlpame. No debí... —Coloca una mano en su frente, colmada de apuro—. Me he comportado como una boba.

—¡No! Le pregunto porque me preocupa. En verdad deseo ayudarla. Haría cualquier cosa por usted. ¡Cualquier cosa! ¿No quiere casarse? —Se envalentona—. ¡Huya conmigo! ¡Escapemos juntos! No me importa abandonar esta casa si es con usted. Yo la protegeré.

La señorita Londonberry valora la propuesta antes de alzar ambas cejas y analizar de arriba a abajo a Brenner.

Por mucho que suene a príncipe de brillante armadura, lo único que brilla en él es el sudor de su frente, porque los culos de caballo que se aprietan contra ellos tampoco le pertenecen. Incluso si se tratara de uno, Iris lo rechazaría. Igual que a todos los demás.

Suspira. Es evidente por la forma en que la mira que está perdido por ella. Parece un buen chico, así que no quiere herirlo. Otra cosa es que lo consiga. La delicadeza no se encuentra entre sus virtudes.

—Agradezco el ofrecimiento, aunque debo rechazarlo. No me malinterpretes. Eres un joven encantador de buen corazón, pero una no puede vivir únicamente del aire que respira.

Una verdad que escuece como un puñal clavado en las costillas.

—Es cierto que no poseo nada.

—Lo es...

—Aunque puedo trabajar y ganar suficiente para mantenernos a ambos. Si aceptara...

Iris vuelve a suspirar. Brenner tampoco la entiende. Las voces que gritan su nombre se oyen cada vez más cerca.

—¿Trabajar amontonando heno?

—También cuido caballos.

—Escucha, a no ser que poseas la asombrosa habilidad de transformar toda esta paja en hebras de oro, dudo que consiguiéramos poner un

solo pie en la ciudad —dice, abriendo los brazos al desbarajuste de desperdicios que los rodea—. Se necesita algo más que buenas intenciones y trabajo duro para lograr imposibles.

—Si me permitiera demostrarlo... —Interrompe falta de aliento, con las esperanzas por los suelos y el corazón resquebrajado—. Por usted haría cualquier cosa, señorita. Transformaría la paja en oro como dice. No solo eso, tejería sus hebras y fabricaría con ellas el hilo más fino ypreciado en el mundo.

—Seguro —contesta con desgana—. Cuando lo tengas avísame y con gusto aceptaré la oferta.

Con esta amarga despedida, Iris cede a quienes la reclaman. Abandona a Brenner en el establo; arrepentida de haberlo querido tomar por confidente y de romper otro corazón que jamás podrá corresponder.